

2 Trilogía de Santa Manuela

SYLVIA HERRERO

Londres te espera



 Planeta

Sylvia Herrero

Londres te espera

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Sylvia Herrero, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2020
Depósito legal: B. 10.050-2020
ISBN: 978-84-08-22791-5
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

CAPÍTULO 1

VETE A CASA

Una veintena de abogados se arremolinaron delante de la puerta del despacho de Alicia Gallart. Al otro lado de la pared de cristal, la especialista en Derecho Internacional dormitaba sobre la alfombra. Estaba rodeada de documentos y archivadores y tenía la falda subida hasta la cintura. La violencia de su sueño le hacía girarse de vez en cuando, hasta el punto de descolocar su pulcro vestido *smoking* y haber dejado a la vista sus cándidas braguitas de algodón blanco. Su larga melena castaña cubría buena parte de su rostro. Era temperamental hasta durmiendo.

—A ver, por favor, dejadme pasar.

Sara Soto tuvo que apartar a varios de sus colegas para poder acceder al despacho de Alicia. Se arrodilló a su lado y trató de despertarla dándole golpecitos en la mejilla.

—Gallart, venga, arriba. Son casi las diez de la mañana.

La joven abogada recibió los estímulos de su jefa sin sobresaltos. Comenzó a moverse con lentitud y le llevó algunos segundos más abrir sus grandes ojos oscuros. El salto lo pegó cuando vio a sus compañeros mirando sus torpes evoluciones sobre la alfombra sin perder detalle.

—Pero ¿qué hacen esos ahí? —preguntó.

—No, Alicia: ¿qué haces tú aquí? Ven inmediatamente a mi despacho —dijo Sara mientras se levantaba y salía del habitáculo de la chica.

La voz de Sara sonaba tranquila pero firme. Alicia miró el

reloj. La última referencia que tenía era de las cuatro y cuarto de la mañana. «Caray. ¡Me he dormido!». Como pudo, se levantó y atravesó la barrera de curiosos que había frente a su cubículo. Ni se planteó ponerse los zapatos, con lo que realizó descalza todo el recorrido hasta el despacho de Sara, una de las socias del bufete. Sin duda, la persona que más apreciaba su trabajo, la que había apostado por ella cinco años atrás, cuando terminó la carrera. Temía haberla decepcionado con aquel numerito involuntario. «No he podido hacerlo peor». La encontró sentada en su sillón orejero. No le gustaban en absoluto los giratorios. Tenía las manos cruzadas sobre la mesa.

—¿Te pido un café, un agua...?

—No, gracias. Así está bien.

Trataba de disimular, pero Alicia estaba tensa. Sentía los músculos rígidos. Era la primera vez que Sara la llamaba a su despacho. Aquello no presagiaba nada bueno.

—¿Llegaste a cenar algo anoche? —preguntó en tono reprobatorio—. Tú eres capaz de llevar sin comer desde el mediodía de ayer.

Alicia guardó silencio y bajó los ojos. Sara resopló sin dejar de mirarla. Estaba seria. Mucho.

—Lo imaginaba.

No sabía para qué la había llamado, pero no pudo más. O hablaba o reventaba.

—Sara, lo siento en el alma. Estaba pendiente del acuerdo de Textiles Turia con Tokio y pensé en adelantar trabajo hasta que saliera. Me puse con lo de Cítricos Ferrús. Había tantos papeles que los extendí en el suelo para tenerlos todos a mano. En la mesa no cabían. Empecé de rodillas, me fui volcando, me fui volcando... Y lo siguiente que recuerdo es lo que has visto. Me debí de dormir hacia las cinco. Ni me di cuenta.

Alicia era abogada de primera generación. Procedía de Santa Manuela de Val, una pequeña localidad del Pirineo

oscense en la que se vivía del esquí y de la ganadería. Un pueblecito que a duras penas superaba los setecientos habitantes y en el que nadie se dormía sobre archivadores. Javier Gallart, su padre, había montado tiempo atrás una fábrica de quesos que funcionaba bastante bien. Esperaba que ella le relevara en la empresa, pero no dijo nada cuando Ali anunció que iba a matricularse en Derecho. Estudió la carrera en Valencia y allí mismo logró sus primeras prácticas. Se dejó la vida, pero consiguió un contrato. Unas veces ganaba en los tribunales; otras, no. Siempre daba lo mejor de sí misma en cada expediente.

En la oficina valenciana de Soto & Montagut supieron apreciar su entusiasmo. El bufete, que contaba con más de treinta empleados, era una subsede regional que tenía su matriz en Madrid. Si en alguna ocasión tenía que viajar a la oficina central, Alicia aprovechaba para comer o cenar con Sofía, una de sus amigas del alma de Santa Manuela, que residía en la capital. Sofi era periodista. Llevaba varios años en un diario de tirada nacional y sus horarios también eran un disparate. Ambas abanderaban con orgullo el carácter trabajador y comprometido de unos montañeses pirenaicos que gestionaban bastante mejor que ellas sus cargas de trabajo.

Las dos chicas habían hecho amistades nuevas en sus respectivas ciudades. Disfrutaban de un círculo interesante del que tirar en sus escasos ratos de asueto, pero Santa Manuela estaba por encima de todo en su escala de afectos. Era el lugar en el que se sentían a salvo. El sitio donde volvían a ser niñas despreocupadas y la vida se desdibujaba más allá de los bocadillos de pan con chocolate. La imagen que aparecía invariablemente ante ellas cuando cerraban los ojos las noches en las que su jornada laboral se alargaba hasta el infinito.

—Alicia... —El rictus de Sara era cada vez más serio. Alicia se temía lo peor. Sara era una institución en el derecho levantino. Estaba aprendiendo mucho de ella y por nada del mundo quería dejar de estar bajo su ala.

—¡No volverá a pasar, te lo aseguro! —dijo la chica des-
cruzando sus largas piernas e inclinándose hacia delante.

—Te estás matando.

—Lo siento muchísimo, Sara.

Alicia no sabía cómo evidenciar su malestar por lo ocurri-
do. Trataba de buscar una solución contrarreloj mientras
sentía que se le había acabado el tiempo.

—Tienes que frenar. ¿Cuánto hace que no te vas de vaca-
ciones?

La joven abogada no entendía nada. ¿Por dónde iba?

—Bueno, en Semana Santa me fui al pueblo —respondió
un tanto a la defensiva.

«¿Por qué saca esto ahora?».

—¿Cuánto tiempo? ¿Una semana? —El tono de Soto es-
taba frisando la dureza.

—Mmm... Cuatro días en realidad —contestó desconcer-
tada.

«¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¡¿Qué pasaaa?!», se preguntaba
Alicia. Sara ladeaba su cabeza, preocupada.

—¿Y antes de eso?

—Pues... cinco días en Navidad..., nueve en verano...
Ehhh...

Lo peor de aquel trabajo había sido tener que estar lejos
de sus amigos del pueblo, ver de higos a brevas a las ocho
personas con las que había crecido. Eran muy diferentes,
pero cada uno de ellos le había aportado varias pinceladas a
su personalidad. La desinhibición de Sofía o el humor con
que afrontaba todo Lucho la habían hecho ser como era.
Muchas tardes de domingo terminaba videollamando a Flo-
rita o a Lola. En alguna ocasión, incluso, se había quedado a
llorar sobre el hombro de Raquel en Zaragoza, a mitad de
camino entre el pueblo y Valencia. Alguna ocasión de esas
en las que echaba de menos a Fran. Su maldito primer amor.
Su ex mejor amigo. Los años más maravillosos de su vida. Al
resto del grupo le costaba saber qué pesaba más entre ellos:

si las ganas de matar al otro o las de matarse a besos. Intercalaban temporadas de indiferencia con peleas monumentales o miradas cómplices. Solo Alicia era consciente de que cada vez que lo tenía delante se desataba un huracán en su interior que le horadaba el pecho. A pesar de los dos años que habían transcurrido desde que pasó AQUELLO.

—Ni un puente. Ni dos semanas seguidas de descanso desde que llegaste —apuntaba Sara mientras negaba con la cabeza.

—A ver, es que yo no pongo las fechas de los juicios, acuerdos y demás. Son cuando son, Sara. —«Joder, ¡ya sabes de qué va esto, tía! ¡No es culpa mía!». No podemos desperdiciar oportunidades y perder clientes. Tú misma lo dices.

El bufete estaba abriendo mercado en el área de Alicia. De hecho, su incorporación fue un refuerzo de cara a la expansión internacional. Habían sido años muy duros para ella, tanto por la necesidad de aprender una profesión en la que comenzaba como por abarcar un volumen de trabajo que no podían rechazar si querían hacerse hueco en el sector.

—Esto no puede seguir así. Tu cuerpo te está dando un toque. Tal vez el siguiente aviso no sea tan dulce. Tienes que parar.

La chica estaba a punto de ponerse a llorar. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Era muy sentida, pero su fuerte carácter les impidió rodar mejilla abajo. ¿Serían capaces de despedirla después de todo lo que había hecho por la empresa? ¡Si había conseguido más clientes que ningún otro debutante! Y estaba bien valorada por sus asesorados. La mayoría volvía a requerir sus servicios.

—Alicia, estamos a 5 de julio, el ritmo de trabajo va a bajar. No quiero verte por aquí hasta mediados de septiembre. Te debemos vacaciones y las necesitas.

«¿Vacaciones? ¿Con la mesa llena de procesos atascados? ¿De qué va?».

—Pero... Hay casos en marcha. No pueden aplazarse.

—Y no los aplazaremos. Rosa y Juan Carlos pueden repararse tu parte hasta que vuelvas. Yo misma les echaré una mano.

Pensaba pasarse otro verano sin más recreo que una escapada rápida a las fiestas del pueblo en agosto. Lo que Sara le estaba diciendo le sonaba a música celestial, aunque no podía evitar sentir cierto temor por dejar abandonado el departamento que había levantado con tanto esfuerzo.

—¿Me estáis apartando? —preguntó con cautela.

Sara le adivinó la intención. La oscense le recordaba mucho a ella misma a su edad, por lo que era consciente de que aquellos excesos podían terminar pasándole factura. El alto precio personal que había pagado cuando perdió el contacto con todo lo que había tras el cristal de su despacho. Sara miró con distante dulzura a Alicia. Casi tenía edad para ser su madre, pero no pretendía ejercer como tal. No quería perder autoridad frente a la chica, pero tampoco iba a consentir que, como ella, terminara con un frasco de tranquilizantes en el cajón.

—Te estamos cuidando, Ali. Eres una de las mejores profesionales que han pasado por esta firma. En octubre va a entrarnos un caso muy potente, tanto que tal vez adelantemos la expansión internacional, no te digo más. Para entonces, te quiero al cien por cien. Vete a casa, descansa y vuelve el 16 de septiembre dispuesta a comerte el mundo.

La socia se levantó, dando por concluida la reunión, lo que obligó a Alicia a ponerse también de pie. Sin los tacones ofrecía una imagen desvalida: parecía una niña pidiendo la paga a sus mayores. Se dieron la mano y la joven encaminó sus pasos hacia la puerta. «Descalza camino como un pato». Antes de salir, Sara Soto la llamó una vez más.

—Y... enhorabuena. A las seis y media de la mañana, Tokio ha remitido firmado el acuerdo con Textiles Turia. No han cambiado nada. Solo tú podías hacerlo tan bien.

El malestar físico se apoderó de la satisfacción con la que le llenó el pecho la victoria legal. Sentía los ojos dados de sí. Deformados por el esfuerzo que había hecho para mantenerse despierta aquella noche. Entró en su despacho sin ganas. Se dejó caer en la silla y alargó los dedos hasta alcanzar un pequeño espejo de mano que le había regalado su amiga Lola en el último cumpleaños que pasó en Santa Manuela y que tenía siempre apoyado sobre el bote de lápices. Pese a la mala noche, la superficie reflectante le devolvía la imagen de unos rasgos privilegiados. Elegantes. Su peculiar ironía no se dejaba ver, pero también estaba allí. «Espejito, espejito mágico: ¿quién es la más pringada del reino? Si me tomo un café más, comienzo a orbitar. Si no me lo tomo, me desparramo aquí mismo. Todo es ver cómo quiero morir». En aquel momento, alguien llamó a su puerta.

—¿Es aquí donde se enseñan bragas? —se escuchó en tono guasón.

Simultáneamente, la silueta de su compañero Vicente cruzó el umbral de la puerta. Ella lo miró con atención mientras sonreía. «Este no ha dormido en casa. Se ha puesto espuma en el pelo cuando siempre se peina con cera. Ella no debía de tener. No sé quién será, pero no creo que vuelva a verla». Era incapaz de sustraerse a la crítica ajena: los genes maternos estaban ahí.

—¡Pasa, idiota!

—Oye, ¿qué ha ocurrido? ¿Estás bien? —se interesó el chico sentándose sobre el escritorio de Alicia.

—Sí, tranquilo. Todo lo bien que puedo estar cuando es la primera vez en mi vida que no sé lo que voy a hacer mañana.

Ambos rieron. Se llevaban bien. Trabajar hombro con hombro en varios casos les había hecho trabar amistad. Alicia le explicó la conversación que había tenido con Sara y la concesión de sus inesperadas vacaciones. Vicente silbó con ímpetu.

—¡Menuda suerte! ¿Tú crees que si me duermo en el pasillo con el culo en pompa me dará aunque sea el lunes?

—No te rías. ¡Vaya cuadro! —respondió ella cubriéndose la cara con las manos—. ¿Mucha reacción de la gente?

«Por favor, que nadie haya hecho fotos...».

—Bueno... Envidia mal disimulada entre ellas, erecciones entre ellos. Quédate con lo que quieras.

—Dios mío... ¡Qué bruto eres! ¿Puedes creerte que no recuerdo cuándo me dormí?

—Puedo —respondió tajante y en un tono más serio—. Me ha pasado alguna vez. Por eso me alegro de que te vayas a casa y descanses. Ven.

Vicente abrazó a su amiga y le dio un beso en la mejilla. Cuando estaba tan dulce era imposible no quererla.

—Te voy a echar de menos estas semanas —dijo Alicia.

—Lo dudo —respondió irónico mientras inclinaba su sonrisa—. En cuanto llegue Fran al pueblo, comenzarás a bizquear.

«*Touché*».

—¡No sé para qué te cuento nada! Lo sacas todo de quicio —respondió ella apartándose.

Alicia se había visto obligada a hablarle de su ex una tarde en la que Vicente la sorprendió mirando embobada el Facebook de Fran. El economista, que vivía en Londres, había colgado varias fotos acompañado de mujeres muy atractivas. Lucho, Cosme y Lucas, los chicos de su grupo de Santa Manuela, celebraron la instantánea escribiendo comentarios bastante rudos. El huracán interior de Alicia estaba comenzando a girar aquel día cuando Vicente la descubrió. Desde entonces, era de los pocos que sabía la verdad. Posiblemente, mejor que ella.

—Me lo cuentas porque te va a salir una úlcera si sigues guardándote todo.

—¿Y qué se supone que es todo? —respondió ella mientras colocaba en vanguardia su infantería.

—Pues que sigues pillada por esos ojitos azules —recitó el abogado en tono cómico.

«Que cada vez son más bonitos, por cierto». Alicia no pensó aquello al azar. Recordó la conclusión a la que había llegado la última vez que los tuvo cerca, durante la última Semana Santa en el pueblo, como tres meses atrás. Todo el grupo se había quedado a dormir en la bodega de Sofía. Su saco y el de Fran estaban a escasos centímetros, lo que hizo que ellos terminaran compartiendo en la oscuridad un ratito de charla y confidencias. Recordaba perfectamente la buena sintonía que habían tenido, algo que no era habitual entre ellos en los últimos años. Antes o después terminaban discutiendo, por lo que ambos solían evitarse. Recordaba también las llamas de la chimenea reflejadas en las pupilas del chico, entre las sombras que velaban el sueño de los demás. Y la complicidad que habían tenido esquiando esos días. Pero no era lo único que rememoraba. No era tan fácil. Si aquel momento los había acercado, otros mil los separaban. Por ejemplo, la pelea que tuvieron pocos días después, que hizo que se despidieran a gritos, como solía pasar desde que un par de años atrás ocurriera AQUELLO. Alicia se alteraba con facilidad, y Fran, en ocasiones, no tenía filtro y terminaba desatando su furia con comentarios poco procedentes. Gasolina y mechero. Aquello no podía ser.

—Ahhh, no. Pincha usted en hueso, caballero. Fran es agua pasada. Ya me hizo bastante daño.

—¿Sabes que cuando mientes levantas la ceja izquierda? «¡Qué calada me tiene!».

Ambos rieron ignorando que Vicente, sin pretenderlo, había puesto una piedra más en el camino entre Alicia y Fran. Había pasado dos semanas antes. El ex de la abogada había volado desde Londres a Valencia para verla. Había sido un impulso. Quería darle una sorpresa. Aclarar el en-

contronazo de Semana Santa, pero, sobre todo, estar con ella. Esperó a que saliera mirando desde el ventanal de una cafetería que tenía enfrente la puerta de Soto & Montagut. Cuando la vio aparecer con Vicente, se quiso morir. Imaginó que entre ellos había algo más. Los miró caminar, entre risas, perdiéndose calle abajo. Ni se acercó. Cinco minutos más tarde estaba en un taxi de vuelta al aeropuerto. Las lágrimas le impidieron ver que estaba anocheciendo.

Vicente abandonó el despacho poco después y Alicia comenzó a recoger los expedientes. Por primera vez desde que Sara la liberó hasta septiembre, la chica sintió que había dejado de notar el pie en el cuello y fue consciente de las posibilidades que se desplegaban ante ella para disfrutar aquellos días libres. «Igual quedan entradas para algún concierto del festival Pirineos Sur. O tal vez pueda apuntarme a uno de los cursillos que organiza la comarca».

Cerró su bolso, se calzó con brío y salió a la calle. Desde la acera de enfrente observó el edificio en el que Soto & Montagut tenía dos plantas. Era francamente impresionante; uno de los edificios más bonitos del centro de Valencia. Ella vivía en un apartamento de una zona residencial de la capital del Turia, pero lo cierto era que su auténtica casa había estado tras aquellos muros. Tenía que replantearse las cosas. Los treinta se acercaban y no había mucho que la animara a volver cada noche a su estudio.

Entre tanto, sus amigos de Santa Manuela tenían claro que lo importante comenzaba cuando terminaba el trabajo. Lola, la maestra del pueblo, se había casado con Lucas, el veterinario, diez días antes. Aún estaban de luna de miel. En su boda, cuatro de sus amigos se habían emparejado entre sí. Lucho y Raquel habían comenzado algo parecido a una relación. La higienista dental contaba las horas en la consulta de Jaca para salir disparada a casa de Lucho. Aunque se cono-

cían desde hacía años, no llevaban juntos ni dos semanas y estaban viviendo un momento muy dulce: las primeras citas, los primeros despertares juntos. Se estaban descubriendo como pareja. A él le había costado años asumir que, más allá de «vivir nuevas experiencias», también podía enamorarse, así que ella no quería agobiarlo y le dejaba espacio para que fuera él quien se adaptara, a su ritmo, a la situación.

Florita y Cosme se estaban dando otra oportunidad. Él acababa de regresar al pueblo desde Milán y estaba organizando la reforma de la casa de sus abuelos. Quería convertir el desván en el estudio que necesitaba para poder desarrollar desde casa sus diseños de ingeniería industrial. Ella era la directora financiera de la estación de esquí y últimamente pasaba más horas mirando la foto del ramo de novia que le había entregado Lola que la partida de gastos de la empresa. No buscaba tanto el *selfie* que había hecho Cosme de ellos dos durante uno de sus paseos. Le daba pudor. «Él, hecho un apolo, y yo, como un dirigible», pensaba mientras se estiraba su vestido de la talla 44 frente al ordenador. El chico había enterrado entre las piernas de Florita sus noches locas en Italia y había colgado de su cuello una joya familiar para rubricar su gesto. Un medallón perteneciente a su abuela que llegó a sus manos en la boda de Lola y Lucas.

Y luego estaban los tres versos libres: Alicia, Sofía y Fran. Sofía, la periodista, se pasaba el día entre algunos de los rostros más conocidos del planeta. Actores, cantantes o políticos se repartían las páginas de su agenda. Más allá de eso, no tenía ninguna cita destacable desde hacía tiempo. Su vida amorosa y la de Alicia tenían bastante en común... salvo por la relación de esta última con Fran, el tercer mosquetero.

En Santa Manuela lo conocían como el chico Samitier porque pertenecía a la casa del mismo nombre y porque, además, llevaba ese apellido. Era la típica persona que se echa en falta cuando sale de una habitación. No hacía girar cabezas, pero podía ser hipnótico al segundo vistazo. No era

de los guapos oficiales, pero resultaba tremendamente atractivo. Más de una tenía su nombre escrito entre las páginas de los manuales de Macroeconomía de la facultad.

Nunca se lo planteó, pero hubiera sido un gran relaciones públicas. Se manejaba como nadie en las distancias cortas, pero no había que engañarse: el Fran que aparecía cuando se rascaba un poco la superficie no solía dejarse ver más allá de su grupo de íntimos.

Alicia sabía bien que era muy suyo, que sentía mucho, pero expresaba poco. Y tal vez esa era la clave de lo que había pasado.